AÑORANZAS
(6)

La niña mira el horizonte. Las nubes le sonríen. Extiende el papalote y suelta el hilo. Hay poco aire y el juguete se niega al movimiento. Se pierde en los morados, verdes y rosas de sus sueños, mientras el aire le revuelve los cabellos.

Voltea hacia la duna que está a su izquierda. Unos ojos muertos la contemplan. Quiere gritar. Se contiene. Intenta reanudar el juego. El hilo avanza poco a poco y sus sueños se elevan. No ve al hombre que se acerca.

Biblioteca Magna Universitaria "José Rafael Frías"

AÑORANZAS
(7)

A Nazario.

La iglesia del pueblo cobra vida en la única misa que se celebra cada mes. A las siete arriban las señoras del coro, olorosas a jabón Palmolive y a loción Maja, muy peinadas y con sus mejores ropas. Ensayan durante dos horas y media bajo la dirección del maestro Lupito. Mientras entonan El avemaría, El pescador y los otros tres cantos que saben, sus ojos no se separan de la puerta de entrada del templo.

A las nueve empieza a llegar la gente. Las mujeres y niños se sientan en las bancas frente al confesionario y se remueven con nerviosismo, volteando cada momento hacia la sacristía. Por fin aparece el padre Benito, quien viene desde la cabecera del municipio para la celebración. Se encamina muy lentamente hacia el mueble de la vergüenza —así lo llama él— examinando a los que esperan su perdón. A las diez en punto se levanta y se dirige al altar.

Todos esperan las palabras de rigor del señor cura: —Ya sé que los hombres andan dándole testerazos a la vida—. La tensión se afloja. Son las palabras del perdón. Todo está en orden. El coro entona el canto de entrada.

SIN ARREPENTIMIENTO

Durante siete días las mujeres jugaron, comieron, brindaron. El tiempo se agazapó en un rincón. Las veía alegres, despreocupadas. Al finalizar la semana apareció con una sonrisa. Su saludo sonó vano, hipócrita. Ellas disfrutaron. Él cobró su tributo.

JUEGO DE AMOR

Las dos gaviotas revolotean. Observas su juego y sueñas.

MITOLÓGICAS

A tu memoria, Poeta.

(1)

Píndaro estuvo triste en la entrega de premios. Nadie se lo explicaba: su oda al ganador de los Juegos Olímpicos fue magnífica y toda Grecia lo aclamó como al más grande de sus poetas.

Esa noche no durmió pensando en lo anunciado por la sibila: alguna vez, en un lugar que se llamará México, un hombre hará la más bella elegía a un héroe desconocido. Se referirá a una mujer llamada la tía Chofi.

Biblioteca Magna Universitaria "José Rangel Frías"

MITOLÓGICAS

(2)

Hermes corrió a toda velocidad. La noticia no podía esperar y los dioses se lo agradecerían: Jaime Sabines llegará hoy al Olimpo. Las mujeres están felices; los hombres, celosos. Los poetas lo esperan. Si observas el cielo verás dos estrellas más: son los ojos de la tía Chofi que sonríen mientras se toma la luna a cucharadas.

MITOLÓGICAS
(3)

Narciso se echó a llorar al contemplarse en el agua. Sus lágrimas desbordaron el lago y fueron apretando poco a poco sus tobillos. Algunos dicen que fue accidente. Otros que le salió una espinilla y no lo pudo soportar.

MITOLÓGICAS
(4)

—Lo nuestro se terminó. He soportado todo: me compraste por una parra pintada de amarillo y dos caballos. Me sacaste de la casa a escondidas. Te ofrecí mi juventud, mi belleza, mi vida entera. Tú me prometiste amor eterno. Soy tu sirviente, tu amante, la burla de tus amigos y colegas. Todo podría sufrirlo, pero no a esta arpía estúpida y celosa. Escoge: ella o yo.

Ganimades se echó a llorar. Zeus bajó la cabeza ante la mirada burlona de Hera.

MITOLÓGICAS
(5)

La sombra de Ulises me despertó. Estaba furioso. Temblaba y se cubría las orejas. No pude explicarle por qué deshice la bufanda que Telémaco le llevaría para apagar los cantos de las sirenas. Me acusó de traidora. Me dijo que por mi culpa se le habían reventado los oídos. No me dejó decirle que quise atrapar la luna con el estambre. ¡Qué decepción! Es igual a todos, no entiende de fantasías.

Biblioteca Magna Universitaria "José Angel Frías"

SUEÑO DORADO

En el día de su desgracia, Javier Santacruz gozó como nunca. Montecarlo, su sueño dorado, salió de la penumbra y se hizo realidad. Viaje de tres días ganado en el sorteo navideño, vuelo en clase turista, paseo por las orillas del Mediterráneo. Llegada por la mañana, instalación en el hotel y visita al museo, las callejuelas, las tiendas de souvenirs. Comida. Todo aderezado con la impaciencia.

Al anochecer, foto del palacio real, bebida de cortesía en el barecito al aire libre y, por fin, el casino. Asombro ante la fachada solemne. En el vestíbulo las máquinas tragamonedas, donde gasta los primeros veinte francos; otra bebida mientras compra el boleto de entrada para conocer el interior.

Miles de luces lo reciben. La ruleta, los dados, el black jack, el poker. Se decide por la primera. Empieza apostando con cautela. Rojo, negro, rojo, rojo, negro... Sus dedos son imanes. Las fichas empiezan a apilarse y las apuestas se hacen cada vez más fuertes. Tres horas y el casino está inmovilizado. La gente ha dejado sus mesas para observar el espectáculo: Javier contra el casino. Rojo, negro, rojo, rojo, negro...

En la madrugada el hombre no sabe qué hacer, cuándo parar. No puede más, la cabeza le

da vueltas. La náusea lo traiciona cuando le dicen que ha acumulado un millón de francos. Llora acariciando la carta que le han entregado antes de partir a su viaje de fin de semana. Recoge el recibo de sus ganancias.

Dos días después vuelve a su casa, habla al banco y comprueba que su dinero ha sido depositado. Llena la tina del baño con agua caliente, inserta la secadora de pelo en el enchufe más cercano, se recuesta en la bañera. Lee por enésima vez la carta de su desventura. El calor del agua se confunde con el de la secadora.

MUESTRA DE CIVILIDAD

Nuestros 6325 días de casados se habían deslizado con calma en el camino de la vida. Diecisiete años y cuatro meses, tres hijos y 18975 dólares ahorrados contra viento y marea, a razón de tres diarios y en fuerte secreto de cónyuges.

Esta semana fue diferente. A partir del lunes me han seguido por todas partes: desde que tomo el camión están ahí los dos; cuando salgo del trabajo me están esperando. Si voy al cine se sientan dos filas más atrás; en el café me vigilan por el espejo. Ya no quiero ir al boliche, ni a jugar poker, ni mucho menos a aquello.

Hoy llegué a mi casa y mi familia me recibió como si hubiera resucitado: me revisaron de pies a cabeza, sobre todo las orejas y los dedos. Lloraban y daban gracias a Dios por mi salud. A coro gritaban que no importa haber perdido el ahorro de toda la vida con tal de que los secuestradores cumplieran su palabra de gente civilizada: cobrar la recompensa de 18975 dólares evitándome los tormentos del rapto.

La angustia de la persecución terminó, pero yo no puedo dormir pensando cómo se enteraron de la cantidad exacta que teníamos en casa.

A PRUEBA DE VITAMINAS

Quise olvidarte. Intenté todo: me atiborré de lecturas filosóficas, bailes afro-cubanos, alpinismo, posturas de yoga y hasta de prácticas cibernéticas. Probé el vegetarianismo, cambié de sexo y de nombre. Me fui a las estrellas, vagué por el universo. Sigo igual que el primer día.

HORIZONTE DE PALOMA BLANCA

Hoy supimos que hace dos meses murió don Rafael. El comentario se hizo delante de Armando y ahora tendremos que pagar las consecuencias de la indiscreción.

Todos sabemos que Mandito, aunque no lo conoció, preparará el ritual completo para el velorio sin difunto. Será necesario ayudarlo a disponer el altar, los cirios, los rezos, el café; planchar su traje negro y su corbata de moño; contratar a las lloronas y buscar quién dirija el rosario; convencer a los vecinos para que lo acompañen durante toda la noche.

Por la mañana habrá que simular el entierro y luego pasar a darle el pésame y llevarle las charolitas con galletas y empanadas. Él nos recibirá muy solemne y agradecerá nuestras amables condolencias por la muerte de su padre anónimo; luego explicará que su madre no está presente porque ya se fue al cielo hace mucho tiempo.

Su mente infantil en cuerpo de cuarenta años se volverá a enturbiar en el fango del recuerdo.

CORAZONADA

Llegó al casino. El corazón le rebotaba. Oyó el sonido de las máquinas tragamonedas y todo el mundo se le borró: su quincena cambiada a dólares, las horas de viaje, la ponchadura de la llanta, la lluvia del camino, la comida chatarra. Nada le importó, sólo el sonido de las máquinas, canto de sirenas.

Se secó las manos húmedas, controló el temblor y se dirigió a la ventanilla del cambio. Sacó el billete de cien y pidió monedas de uno. Con el bote en la mano vagó debajo de las arañas de mil luces. Cuando encontró la máquina del doble diamante, no dudó.

EL PRECIO

Perdiste la apuesta. Tu vida se escapó por la tontería de las ilusiones, se derramó en la última canción de la noche. Todo se esfumó ante el sonido de la caracola suspirante. Sonríes. La vida se juega así. ¿Qué más da?

AMPOLLETAS DE SALUD

Aunque la película de Boris Karloff era escalofriante, pues los miles de pájaros en pantalla tratando de romper los ventanales de la casa crisparon el ambiente, yo miraba a mi alrededor. En el juego de luz-oscuridad las siluetas se desdibujaban, los papeles esparcidos eran tristes fantasmas arremolinados en los pies de los espectadores. El olor a palomitas inundaba la sala.

El acomodador apagó la linterna. Vi perderse su figura en la puerta de emergencia. Las sombras dobles ahora se transformaron en una, los chasquidos volaban insumisos. Por fin descubrí lo que en verdad me interesaba: tres hileras más adelante, un hombre gordo y de mediana edad se apoltronó junto a dos jovencitas que, aleladas con el filme, no se percataron del intruso.

La camisa estampada del individuo llamó mi atención. Las flores bailaban en la oscuridad, atraídas por el aroma suave de la primavera; su brazo porcino se deslizó hacia las muchachas.

Ya no tuve dudas. Me levanté, caminé con suavidad y me senté justo en la butaca contigua del tipo —quince años ejerciendo como enfermera me han enseñado a moverme en silencio—, tampoco hubo problemas para encontrar en mi

bolso de mano la aguja de insulina preparada para estos casos con la poción de la abuela.

El hombre estaba tan exitado con el terror de las chicas que no sintió el pinchazo en su glúteo izquierdo; sólo quedó ahí, con los ojos desorbitados, paladeando el sabor de la muerte.

Salí rodeada de silenciosa alegría. Mis ampolletas de salud encontraron otro enfermo.

Ahora preparo mi uniforme, porque cubriré el turno matutino en el hospital. Mañana será un nuevo día... e iré nuevamente al cine.

TARDE DE LETRAS HELADAS

La cara me ardía. Cuando bajé del camión un ramalazo de aire hirviendo me zarandeó. Sentí aumentar mi malestar hasta el punto de convertirse en náusea cuando alcé la vista para mirar el cielo.

Al abrir la puerta de la biblioteca donde tomamos el curso, una nube me cegó. Subí a zancadas los escalones hasta llegar al último piso. El aire acondicionado se había negado a funcionar desde el día anterior y las oleadas eran leones hambrientos en busca de carne.

Corriendo me dirigí al cuarto de mapas. El maestro y los compañeros me miraron con ojos de fuego. "Sus pupilas son de lumbre", pensé mientras buscaba una silla vacía. Al fin la encontré y como pude caí en ella.

—¿Trajo el texto que pedí la semana pasada? —fue la respuesta a mi saludo habitual. Todo el bochorno del pequeño cuartito se concentró en mí. La temperatura se me desbocaba por la cabeza, el cuello, las manos sudorosas.

Ni siquiera atiné a contestar. Un sonido extraño se coló por las ventanas. ¿O era mi mente aguijoneada por el sofoco? Mis sienes eran tambores y sus retumbos me perforaban la cabeza. El grupo guardó un silencio universal y

los ruidos se hacían cada vez más fuertes. Ahora se desparramaban por el techo y las paredes.

Como pude abrí la carpeta. Saqué un montón de hojas impresas y empecé a distribuirlas entre los asistentes. Debía leer el cuento y luego esperar los comentarios del profesor y del grupo.

Una oleada de terror me sacudió; el bochorno se hizo infernal. Pese a que la luz se apagó cuando iba en la segunda hoja y a que tuve que terminar con los reflejos cada vez más opacos que entraban por el ventanal, desnudarme en esas cuatro cuartillas fue para mí el día del juicio. No me atreví a ver la reacción de los oyentes. Esperaba latigazos.

—Algunos fragmentos son oscuros y le falta fuerza en el cierre —murmuró el asesor—. Noté que su voz era diferente a la de los otros martes. "El calor lo tiene abrumado" —pensaba tratando de darme ánimos—. Miré a los compañeros. Nadie más estaba dispuesto a hablar.

Creí volverme loco cuando empecé a oír ruidos extraños: como si alguien estuviera jugando al ping-pong sobre el techo y las paredes. Los pelotazos eran cada vez más rápidos y fuertes. Me taladraron los oídos. En la tiniebla de mi desconsuelo, quise refugiarme en el paisaje que se contempla por el ventanal. Apenas pude ver cómo, en el exterior, la faz de la tierra se perdía entre granizos que se estrellaban con desvergüenza en las paredes, en las ventanas. Mi tem-

peratura dio un vuelco: empecé a sudar hielo y a tiritar. Me supe perdido.

MILICIA DE SILENCIO

A Juanita y Rosalba.

Durante mucho tiempo —ustedes son testigos— he sido guardián celoso de mi ejército. Lo conformé con esmero, con amor; los soldados que en él militan han llegado de las más diversas maneras: acarreados con dinero, regalados, como préstamos sin devolución, recogidos cuando, después de la lucha, sus capitanes los abandonaron... en fin, cada uno de ellos tiene su historia.

Debo decirles que en la legión que ahora les ofrezco hay diversos batallones: tiene desde brigadas de sondeo hasta escuadrón de la muerte; hay unidades que aterrorizan, capellanes de la noche y hasta una armada invencible; todos ellos están siempre listos, en pie de lucha.

¿Y qué decir de las tropas de rescate? En cualquier momento, a toda hora están alertas; su capacidad raya —permítanme exagerar un poco— en el prodigio.

La infantería merece atención especial, pues aunque humilde, se da por completo. Por favor, que no se encele la caballería, pues para mí su valor es a toda prueba.

Pero... (el eterno pero) también quiero legarles mis reclutas mutilados —los pobres han llevado la peor parte de la batalla—, los que su-